

OWEN Y EL OWENISMO (*)

Casi coincidiendo con esa sangrienta represión de la aventura comunista de Babeuf en Francia, comienza en Inglaterra a ponerse en camino la revolución industrial que lleva en su seno el impulso formidable y al mismo tiempo la clave del destino histórico de la era capitalista. Debemos, pues, volvernos hacia esta nación para contemplar en ella el proscenio donde va a aparecer, como el reverso forzosamente derivado del relieve del capitalismo fabril en el medio económico más adelantado, la inquietud obrera y socialista. Y allí tenemos que concentrar nuestra atención, a los efectos que vamos persiguiendo, en la obra y la figura de un hombre que reviste la innegable importancia de una encarnación de la parte ideológica de esa inquietud y un representante epónimo de uno de los momentos fundamentales de las luchas obreras y del movimiento socialista moderno.

Roberto Owen y el owenismo son hijos prominentes en la historia de éste y aquéllas, y es necesario que los hagamos entrar en la órbita de la rápida reseña con que tratamos de presentar el socialismo como un doble proceso histórico perteneciente, por un lado, al mundo de las ideas, y por otro, al mundo de los hechos.

Federico Engels ha incluido a Roberto Owen en el reducido elenco de los grandes socialistas utópicos que tuvieron la intuición genial de algunos de los elementos

(*) De un libro en prensa.

esenciales del socialismo científico. Pero de los que constituyeron esa nómina ninguno iguala a Roberto Owen en conocimiento experimental de la realidad económica y social de su tiempo y de su país, ni en dinamismo de actividad práctica en el campo de las agitaciones populares.

En él se asocia, por extraña manera, un sólido sentido práctico, apoyado en dicho conocimiento, con una osada fantasía operante que lo lleva a incurrir en planes ideales más imaginativos que factibles. "Owen no es tan amplio como Marx, opina Bertrand Russell. No es un razonador tan hábil como los contemporáneos suyos que edificaron sobre los cimientos que puso Adan Smith. Pero precisamente porque sus ideas no se acomodan rigidamente a un sistema es un iniciador que tiene diversas líneas importantes de desarrollo". (*Bertrand Russell, "Libertad y Organización", C. Zig - zag, pág. 177*).

Se internaba a menudo en el reino de la utopía, y sin embargo no se puede negar que se hallaba dotado de un tal sentido práctico y de una tal sagacidad para los negocios y la previsión racional de las contingencias, que habrían de permitirle triunfar como fabricante y como reformador benéfico de las costumbres industriales contra la rutina, la incomprensión y la oposición encarnizada de sus colegas y de la misma opinión general. Sus conocimientos en economía competían con los de aquellos tratadistas contemporáneos suyos que han pasado a la historia con reputación y fama de pensadores geniales —Ricardo, Malthus, James Mill, James Makintosh, Torrens, Hume, Benthan— a quienes lo ligaban lazos de amistad íntima y con quienes discutía frecuentemente de igual a igual, demostrando muchas veces hallarse mejor asistido por la razón que ellos en sus controversias, en las cuales, como dice un autor, "él

aparecía como el genio experimental, fuerte por los resultados acumulados de la obra a la vez industrial y pedagógica de New Lanark, luchando contra los defensores de puras teorías abstractas". (*Héctor Denis, Histoire des Systèmes Economiques et Socialistes, Vol. II, pág. 389*).

En su autobiografía se asombra "de la tenacidad con que esos hombres, de una capacidad natural considerable, resistían el principio de asegurar una ocupación productiva a todos", y no podía explicarse esa resistencia más que por su comprobación de que "entre los modernos economistas no había un solo hombre práctico". (*Autobiography, Vol. I, pág. 113*).

Bertrand Russell en su hermosa biografía, basada en los textos del material biográfico reunido por Podmore en "Life of Owen", y por Colle, divide la vida del genial precursor en cuatro períodos:

En el primero es el héroe del "self - help", de Smiles, que se alza rápidamente por su propio esfuerzo. En el segundo, es el patrono "benévolo y astuto" que consigue sacar ganancias de su fábrica con métodos filantrópicos. Su éxito consistió, sobre todo, en haber conciliado el negocio con la virtud. El tercer período es el del reformador social, en que aparece todavía relacionado con New Lanark. No triunfó de una manera inmediata aunque inauguró el socialismo, el movimiento cooperativo y el pensamiento libre de la clase obrera. De ahí pasó, poco a poco, de líder respetado del movimiento obrero, "a sumo sacerdote de una pequeña secta". Y pierde importancia pública, convirtiéndose en un simple visionario... Sus primeros grandes éxitos y sus fracasos los atribuye el escritor inglés a una excesiva confianza en sí mismo. Mientras se ocupaba de cosas factibles su propia confianza era una virtud posi-

tiva; cuando quiso provocar en pocos años cambios sólo posibles por lo menos en el transcurso de un siglo, esa confianza lo sacó de la realidad. (*Ob. cit.*, págs. 182 y 183).

Engels no deja, por cierto, de rendir justicia al criterio realista y al sentido práctico de este reformador audaz. Después de referirse a sus exitosos ensayos en su fábrica de Manchester y en la gran filatura de New Lanark, y a su concepto sobre la adaptación de las nuevas fuerzas productivas a las grandes necesidades humanas como base de la organización social, en que pasarían esas fuerzas a pertenecer a la comunidad para emplearse en el bienestar de todos, afirma:

“De esta manera práctica, consecuencia por decirlo así, del cálculo comercial, nació el comunismo de Roberto Owen que conservó siempre este carácter práctico”. (1) Y todavía agrega:

“En 1823 Owen propuso remediar la miseria irlandesa estableciendo colonias comunistas y al efecto presentó un estado detallado de los gastos de fundación, desembolsos anuales e ingresos probables. Su plan definitivo de la reforma estaba trazado tan minuciosamente y con un conocimiento práctico tal, que si se hubiera

(1) Esta apreciación viene a raíz de la transcripción de un pasaje de la Memoria enviada por Owen al Gobierno Provisional Francés, dirigida a los republicanos rojos (*red republicans*), que dice así:

“Un grupo de 2.500 hombres produce hoy más riqueza real para la sociedad que producían 600.000 hace medio siglo. Ahora bien, yo pregunto: ¿Qué se hace de la diferencia que hay entre la riqueza consumida por esos 2.500 hombres y la que habrían consumido 600.000?”. La respuesta es sencilla: la diferencia ha sido consagrada a pagar a los propietarios del establecimiento el 5 % del capital empleado, además de un beneficio realizado de 17 millones y medio de pesetas (300.000 libras esterlinas). Esto que ocurría en New Lanark sucedía en mayor escala en todas las fábricas de Inglaterra... Esta nueva potencia era creada por la clase obrera. Por tanto a ella debía pertenecer”.

aprobado su método no se hubiera podido hacer ninguna objeción técnica relativa a su especialidad en la materia”.

Y finalmente rinde este tributo a la eficacia de su acción y hasta de sus concepciones más atrevidas condenadas al fracaso por su innegable “utopismo” que en el lenguaje de Engels quiere decir, sobre todo, falta de suficiente vinculación de las concepciones teóricas con las posibilidades reales del momento, a cargo estas últimas de las fuerzas y factores que impulsan la evolución, a menudo ignorados o desdeñados por los utopistas:

“El nombre de Roberto Owen va unido a todos los progresos verdaderos, a todos los movimientos sociales de Inglaterra en favor de la clase trabajadora. En 1819, después de cinco años de esfuerzos, hizo publicar la primera ley limitando el trabajo de las mujeres y los niños en las fábricas; él mismo presidió el primer Congreso en el que los “Trades Unions” se reunieron en una sola sociedad de resistencia; implantó como medida transitoria, mientras llegaba una organización comunista de la sociedad, por un lado las sociedades cooperativas de producción y de consumo, que al menos tuvieron el mérito de probar la completa inutilidad de los negociantes y de los manufactureros, y por otro, *los bazares del trabajo*, para el cambio de los productos, mediante un papel - moneda que tenía por unidad de valor la hora de trabajo. Estas instituciones fracasaron fatalmente, pero anticipaban el *Banco de Cambio*, que Proudhon estableció en 1848; solamente que el papel moneda de Owen no se presentaba como una panacea universal de todos los males sociales, sino sencillamente como el primer paso hacia una revolución más radical de la sociedad”.

Una acción positiva

Era, pues, un realizador en cuyas realizaciones abundaban los fracasos, pero también los más trascendentes aciertos. Por eso se ha dicho "que es un tanto exagerado enrolarlo en el socialismo utópico, pues si es verdad que intentó transportar a los hechos un ideal absoluto, y es verdad todavía que instituyó prematuramente y temerariamente sus más audaces experiencias, es también cierto que las lecciones de la experiencia de Owen han aprovechado a la vez a quien las ha realizado y a quienes lo han sucedido". (*Héctor Denis, Obr. cit., pág. 404*).

Un gran economista contemporáneo suyo tributa cumplido homenaje a la perspicacia de sus observaciones y a la penetración de su mente:

"Mr. Owen de New Lanark, —dice Sismondi—, uno de los hombres que han manifestado el más ardiente celo por el bienestar del pobre y la compasión más profunda por sus calamidades, había expresado el pensamiento de que, desde que la industria ha sido entregada a sí misma, el uso de las maquinarias y su perfeccionamiento gradual pudieron acrecer la producción de mercancías de diferentes especies que componen la riqueza, más allá de la demanda efectuada por los consumidores, y que causando así una superabundancia de todas las mercancías, esta superabundancia podía forzar las manufacturas a despedir sus obreros y privar de trabajo a las clases de la sociedad que no viven más que de su salario. Sin compartir de ninguna manera las opiniones de Mr. Owen sobre los medios de evitar esta calamidad, yo admito como él en mis nuevos principios de Economía Política, el hecho de este abarrotamiento comercial y confieso que me cuesta comprender cómo

se le puede negar hoy en día contra el testimonio del comercio del mundo". (*Nouveaux Principes, Edit. 1827, vol. VIII, pág. 375*).

Se ha adelantado a Sismondi en su condenación de esa economía abstracta, que no es sino la doctrina científica de una crematística en que la riqueza constituye el único fin perseguido por la ciencia, relegando al hombre a un plano muy subalterno o teniéndolo en cuenta tan sólo bajo la ficción mecánica del *homo economicus*. Vinculando la economía a la ética confiere a la concepción hedonista de la moral una amplitud que nadie le diera antes que él, y como dice Denis, "la audacia de sus soluciones que alcanzan hasta los fundamentos mismos del derecho, hará retroceder a Sismondi" Frente a los más caracterizados representantes de esa economía él sostiene y desarrolla su tesis de la naturaleza humana y de la influencia decisiva del medio sobre el carácter humano.

"Yo estaba sumamente deseoso —escribe en su *Autobiografía*— de convencerlos (a los economistas de su tiempo) de que solamente la organización nacional del empleo y de la educación de todos podía crear una población que, de una manera permanente, sería racional, inteligente, rica, superior, y que sus resultados no podrían ser obtenidos sino por un acomodamiento científico del pueblo unido en villas convenientemente construídas, aldeas de *unidad* y de *cooperación*, como yo las llamaba entonces. Ellos, por el contrario, estaban muy deseosos de convertirme a sus proyectos de instruir al pueblo sin asegurarle empleo nacional unitario, manteniéndose en medio de la concurrencia individual. Se puede llamar al primer sistema el sistema de la *atracción universal*; al otro, sistema de la *universal repulsión*. Yo era demasiado hombre de negocios y demasiado

versado en el conocimiento de la naturaleza humana para que no me chocase poderosamente la imposibilidad de conseguir mejorar de una manera permanente, por medias - medidas, las condiciones de una población. Ninguna población puede llegar a ser buena, inteligente, feliz, si no es por una educación racional en un empleo útil, ejercitando por igual el cuerpo y el espíritu en condiciones salubres. Esos economistas, siempre en actividad, defendían la tesis del individualismo con un sistema de educación conforme a las nociones de entonces sobre la instrucción nacional de los pobres, y con la extensión ilimitada de la responsabilidad individual en la conducta a través de la vida. Lo que había en ellos de espíritus dichos avanzados y liberales estaba decididamente en su favor, ayudados además por los prejuicios de todas las edades anteriores; y ellos lograron convertir al Gobierno y al público a sus ideas y a sus prácticas... El Gobierno, penetrado de las ideas sin fundamento experimental de los economistas modernos, imaginó las más rigurosas medidas, haciendo leyes contra los derechos naturales de los pobres y de las clases obreras, y en favor de los ricos y de los poderosos”.

Ahí aparece esbozada, en forma casi dramática, la oposición de su mente y de sus sentimientos a la rigidez de principios de aquella Economía que Carlyle habría de llamar “ciencia sombría”, refiriéndose a sus tendencias pesimistas, pero cuyas tendencias optimistas no son sino apreciaciones engañosas de un estado económico y social fundamentalmente opresor para las multitudes productoras.

Cómo definió el Socialismo

Su puesto, actualmente, como pensador, no está sólo en la Economía política social (dando a ésta categoría de ciencia experimental y aplicada) sino en la Sociología. Su *Libro del Nuevo Mundo moral* (*Book of the new moral world*) expone su teoría sociológica en la que se eleva desde una *concepción racional* del hombre a una *concepción racional* de la sociedad. Parte del conocimiento de la naturaleza individual para extenderse a las leyes de la convivencia social. Expone su noción de la naturaleza humana como único secreto para dar a la sociedad bases racionales y sienta así los principios de un nuevo orden moral opuesto al error corriente que engendra la miseria de la especie. Como Rousseau, los fisiócratas, Volney, Morelly, tiende a un retorno a la naturaleza, pero sin desdeñar, por cierto, las ventajas del progreso técnico y científico, sino aprovechándolas para una mejor y más profunda adaptación de la sociedad a la naturaleza humana.

En otra de sus obras, su *Informe al Condado de Lanark*, resaltan, respaldados en los resultados de su experiencia como industrial y director de empresas, los fundamentos psicológicos, morales, económicos, jurídicos, de las doctrinas sociales que opone a los modernos economistas.

Ya había comenzado lo que Engels llama "el momento crítico de la vida de Owen". La cuestión económica con la situación lamentable de los desocupados constituía la más absorbente preocupación de su espíritu, y lo obsesionaba, sobre todo porque para la realización de sus ideas de reforma moral era imprescindible arbitrar la garantía de un trabajo regular, remunerador y seguro. Comienza por una síntesis reformista que

tiende a procurar a los pobres, mediante su propio trabajo asegurado, un *standard* de vida confortable y en condiciones en que sustrayéndolos a la influencia perniciosa de un medio ambiente vicioso, se realice su elevación moral. Haría, pues, falta un sistema que previniese a la vez, como se ha dicho, el pauperismo y el crimen. Pero no habría de conformarse con eso, que abriendo las alas de su poder de generalización, pensó hacer extensiva a la sociedad entera la solución propuesta para los obreros sin trabajo. Como a manera de desarrollo del industrial filántropo, va surgiendo el jefe de una escuela socialista. Su sistema de educación moral dejaba el sitio a un plan de reorganización social, previendo la sustitución de la sociedad individualista por una sociedad comunista.

“¿Qué es el socialismo? —exclamaba—. Yo soy generalmente considerado como el fundador de ese sistema”.

“A la pregunta: qué es el socialismo, yo respondo que ese sistema social (o como yo lo he designado siempre, el *sistema racional* de sociedad) deriva únicamente de la naturaleza, es decir, de leyes que no han sido jamás conocidas como libradas al cambio”.

Su impulso revolucionario lo llevaría a penetrar a banderas desplegadas hasta en el terreno de las ideas filosóficas, como consecuencia de la unidad sistemática de su pensamiento, que giraba en la órbita de una concepción al mismo tiempo económica, filosófica y moral, todas cuyas partes componentes las sentía inseparablemente encadenadas. Opuso al individualismo, el amor y el altruismo; al libre arbitrio, el determinismo. Declaró la guerra a todas las religiones constituidas, que habían —fueron sus palabras— “retardado el progreso de nuestra raza”.

Se volvió así un enemigo de la sociedad de su tiempo, que no le perdonaría su audacia imprudente. Engels pinta bien el vuelco sobrevenido en el destino de Owen en este período de su vida:

“Mientras se limitó al papel de filósofo recabó riquezas, fama, honores, veneración; fué el hombre más popular de Europa, y no sólo los burgueses, sino los hombres de Estado, los príncipes, le escuchaban y aprobaban. Mas en cuanto se hizo apóstol del comunismo, todo cambió. Según él tres grandes obstáculos impedían toda reforma social: la propiedad individual, la religión y la forma actual del matrimonio; mas no ignoraba lo que le sucedería si las atacaba: sería expulsado de la sociedad oficial y perdería su posición en ella. Pero nada le detuvo y sucedió lo que él había previsto: fué desterrado de la sociedad oficial, la prensa estableció la conspiración del silencio en torno suyo, y para colmo de desdichas, sus experimentos comunistas en América le arruinaron después de sacrificar en ellos su fortuna. Dirigióse luego a los obreros y vivió, siempre activo, treinta años entre ellos”.

Y bien, son esos años de su vida en que su acción y su obra se incorporan al flujo y reflujo del movimiento obrero, y su influencia señala rumbos a la clase trabajadora, y pone en sus agitaciones y luchas un contenido de idealidad socialista, los que en esta parte del presente libro nos obligan a detenernos ante su figura excepcional. Si todo su pensamiento estuviese sólo en sus libros, y éstos no se hubiesen proyectado como estímulos y corrientes orientadoras en la acción de las masas productoras o de los agentes de una efectiva militancia socialista, no habría en él esa condición de elemento vivo para la formación y conformación del Socialismo a través de la historia, que consideramos

forzoso tener en cuenta como contribución a un criterio para explicárselo, o en otros términos, a una teoría dinámica de su definición.

Si se hubiese limitado a hacer experiencias en sus fábricas, a implantar colonias socialistas y a reclamar para sus proyectos y concepciones el interés y el apoyo de los monarcas, no le dedicaríamos en este capítulo más atención que esa que muy de pasada concedemos a otros socialistas utópicos e idealistas no menos geniales que él y con ideas, en algún sentido, de más vasto alcance que las suyas.

Lo que le confiere especiales títulos a nuestra dedicación en estas páginas, es su actuación como organizador de grandes asociaciones de trabajadores, y como fundador de un movimiento owenista, una secta de discípulos suyos que aspiraba a realizar las ideas del maestro contando con el concurso de los obreros, o mejor dicho, entre los obreros.

No hemos llegado todavía con él a esa fecunda identificación de la idea socialista con la clase trabajadora, que será, como ya hemos dicho, empresa trascendentalísima que Marx pudo llevar a cabo treinta años después. Pero se aparta de los reformadores que todo lo esperaban de la buena voluntad de los poderosos, y las organizaciones que crea llegan, en algunas épocas, a luchar con marcado espíritu de clase desplegando intensas actividades combativas frente a la recia oposición patronal. Constituyó la *Grand Union National Consolidated Trades - Unions*, que "no quería negociar con los patrones un mísero adelanto en el precio artificial a cambio de su trabajo, salud, libertad y goce material de la vida; sino asegurar a cada uno el mejor cultivo de sus facultades y el más ventajoso ejercicio de sus poderes". Se lograría ese fin si todos los trabaja-

dores de Inglaterra hicieran una huelga general pacífica (un zapatero y librero, Guillermo Benbow, lanzó una idea de la huelga general como un medio de lucha para abatir el poderío capitalista) durante tres semanas. Eso habría de bastar para que los patrones, convencidos de que la fuente de producción es el trabajo, se aviniesen a entregar las fábricas a los trabajadores. El desarrollo de la Asociación fue asombroso. En pocos meses ingresaron en ella quinientos mil afiliados. La burguesía capitalista, alarmada, le opuso un bloque patronal; la Alianza de los Fabricantes. La preparación de la huelga total absorbía a la unión de los oficios. Entretanto, algunos gremios se lanzaban por su parte a movimientos mal preparados en los que fracasaban, sin que ella acudiese en su ayuda, pues la huelga máxima no venía, y en cambio trababa con un objetivo demasiado ambicioso, en verdad fantástico, la acción de todo el organismo, condenándolo a la esterilidad. La Alianza de los Fabricantes contestaba a las huelgas con los lock-outs, no contrataba sino obreros comprometidos a no enrolarse en los trade-unions y se aseguró el apoyo del Gobierno y los jueces. Los patrones consiguieron así que se aplicasen con todo vigor ciertas leyes restrictivas de las actividades obreras y se llegaron a dictar sentencias terribles, de seis y siete años de deportación o de cárcel, contra trabajadores acusados de intimidación con fines de proselitismo gremial subversivo. A esta campaña la gran Unión Nacional no pudo responder. Se había impuesto cometidos poco factibles que le hacían perder contacto con las exigencias del momento. Por medio de ella, como asimismo por la obra de los Bazares de Trabajo, Owen se proponía modificar en sus fundamentos las relaciones económicas. Confiaba a la acción gremial de base cooperativa la completa reno-

vacación del sistema económico imperante, y dejaba de lado las luchas políticas, que no entraban en la modalidad de su táctica. Pudo, pues, parecer en cierto sentido un poco precursor del sindicalismo doctrinario; pero más lo fué, sin duda, del cooperativismo. Más que un precursor y un propulsor de éste, fué un verdadero padre, porque fundó la primera cooperativa de producción y de consumo. "Aunque no tan utópicos, — dice Juan B. Justo— como los ensayos de colonias comunistas en que el Socialismo sentimental de Owen tenía que fracasar, sus Cooperativas y Bazares lo fueron bastante como para que de ellos no haya quedado sino el recuerdo de atrevidas y generosas esperanzas y la siembra de ideas cuyo fruto fué la fundación en 1843 de una cooperativa de consumo por 28 tejedores desocupados de la ciudad de Roschdale, los cuales por su fecunda iniciativa merecieron el honroso título de *The equitable pionners of Roschdale*. "Teoría y Práctica de la Historia", pág. 72.

El Owenismo pasó como un viento de idealismo reformador por la selva del movimiento obrero británico. Aun cuando se disolvieron sus organizaciones nunca desaparecieron del todo sino mucho después — mayor deficiencia para una acción positiva consistió — aparte del utopismo de sus empresas inmediatas— en su alejamiento de la lucha política, cuyo sentido como posibilidad y factor de mutuaciones socialistas no alcanzó a percibir.

Acaso por eso era inevitable que de las cenizas de sus construcciones, especialmente de la Unión Nacional de Trade - Unions, brotase, por reacción, un movimiento puramente político de la clase obrera.